CASTILLA ALFONSINA

NUEVO COLOQUIO DE LOS PERROS

CAPILLA ALFONSINA

NUEVO COLOQUIO DE LOS PERROS

El empecatado trasnochador madrileño, que a su vagar por rondas y arrabales, en noches obscuras o claras, lluviosas o serenas, frías o bochornosas, las noches todas del año, en todo tiempo, recogió en su memoria fidelísima, de donde ahora con no menos fidelidad al papel se traslada, el renovado prodigio de este nuevo perruno coloquio, con prodigar la exactitud en pormenores de menos importancia, nunca supo decir hacia qué parte fuera el lugar teatro del maravilloso suceso.

Inexplicable por ignorancia en tan gran conocedor de lugares; más inexplicable por olvido, increíble en caso tan señalado, sólo puede atribuirse la omisión topográfica a malicia del relacionero, temeroso de no hallar cabal cré-

dito en muchos, por lo extraño y fuera del orden natural de lo referido, cuya autenticidad, ya muy dudosa, más en tela de juicio andaría si a impertinentes comprobaciones expuesta.

Mas como, salvo el haber sido entre irracionales, nada en este coloquio parece mención mentirosa, porque algunos escépticos sólo reparen lo inverosímil del hablar y discurrir unos perros como personas y ya nada más quieran tener por verdadero — como si antes y después, y alrededor, y envolviéndolo todo en nuestra vida, no se hallaran siempre el prodigio, el milagro y el misterio, que es toda nuestra vida —, no es razón se prive a los discretos, sabios de la mejor sabiduría, la que sabe apreciar justamente el valor de mentiras y verdades, la que sabe rezar y sonreír al mismo tiempo, de la mucha verdad aquí encerrada, a la que nada quita para no serlo la falsedad posible del engarce.

No de otro modo un hilo sin valor alguno une las más ricas perlas en collar valioso; ni hubo jamás en el mundo collar de verdades que no fuera engarzado en el hilo de una mentira.

Cuanto al lugar y ocasión del coloquio, si ha de afirmarse algo, ello sería a la parte del cielo, en una noche de verano de celestial magnificencia, propicia a los encantos — como aquella en que Oberón y Titania, por divertir su celosa discordia, con filtros de amor trastornaban corazones y voluntades y alborotaban su fantástica corte de hadas, elfos y silfos — y a la parte de este bajo mundo; ello fué, sin duda, en un gran descampado árido y arenoso, sin más señales de pertenecer a un planeta habitable que una como hechura de vivienda, excelente lección para un curso de Arquitectura, capítulo de materiales: con tal profusión y tan varios eran los aportados a su fábrica; sin que todos ellos bastaran a darle tanto aspecto de seguridad por su solidez, como de pintoresca decoración por su variedad.

Todo el edificio cubriría reducida parte de un mediano solar, mal vallado de viejas tablas, con más rendijas y agujeros que madera, reforzadas aquí y allá con blindaje de planchas metálicas muy picadas de herrumbre, desecho de rotas tuberías de chimenea y latas de petróleo. La puerta de la casa, con ser tan alta

como la casa misma, era de las reverenciosas, pues no habría persona, por menguada que fuese, que al pasar por ella no hubiera de inclinarse muy reverente. De ventanas, si no era tuerta, bizcaba por lo menos, que ellas eran dos, de cada un lado de la puerta una, pero las dos torcidas y la una más pequeña que la otra; pero las dos tan pequeñas, que ni comparándolas pudiera decirse mayor a ninguna.

Delante de la casa recibían su sombra, a crédito de la que ellos devolverían a su mayor edad, cuatro estaquillas hojosas, promesa a largo plazo de árboles frondosos. Y bajo las ventanas, adosados a la pared, unos cajones y barriles repletos de tierra eran sepultura en efecto, en la intención vivero, de varias simientes frutales, como huesos de melocotones y albaricoques, pepitas de calabazas, melones y sandías, con que huerta y jardín llevaban un aire.

Aunque otra cosa pudiera juzgarse por lo descrito, no era ociosa finca de recreo aquélla, sino establecimiento acreditado de tan importante industria como la venta de perros.

Desde el can vagabundo, nacido y criado a

los azares callejeros, sin otro dueño que la calle misma, no tan pródiga en medios de subsistencia como en libertades — parecida en esto a muchas instituciones modernas —, al perro de raza, que pudiera mostrar su *pedigrée* o árbol genealógico limpio de toda rama de bastardía. Desde el gozquejo falderillo al gigantesco dogo, de arrogante planta, como imperial soldado. Desde el más diestro perrachón de muestra, al campeón invicto en cien ratunas batidas por sótanos, cocheras y alcantarillados. Y el perro de aguas, sabio de mil habilidades, aprendidas en la dura disciplina del presidio o en la más honrosa de los cuarteles. Y el de presa atigrado, con su cabezota achatada como los feroces guerreros de Atila; raro ejemplar de una raza muy estimada en tiempos por carniceros y matarifes; terrible castigo de toros mansos y huídos en las plazas, hasta que un delicado sentimiento de humanidad los substituyera por las banderillas de fuego, si no con gran ventaja para el toro en lo físico, sí para su conciencia. — ¿Por qué no ha de tener conciencia un toro? — Aliviada del destripamiento de perros sobre el de caballos, y acaso el de algún hombre; lan-

ces inevitables en la lidia, aun para el toro de condición más apacible, que suele ser el motejado de manso, como sucede también entre los hombres. ¡Vulgar opinión que sólo aprecia los cuernos en lo que tienen de feroces armas para arremeter con pujanza y coraje! Como si Darwin y Spencer, con otros naturalistas y sociólogos, no hubieran demostrado de qué suerte, por sucesivas evoluciones de adaptación al medio, lo que en algunos animales fueron en su origen arma de defensa o de combate, llega a degenerar en adorno superfluo, sin más aplicación para el animal que la del lucimiento — así, pacífico descendiente, luce por gala en su blasón heráldico los signos conmemorativos de guerreras empresas de sus antepasados —. Y ¿no pudieran ser así estos llamados con desprecio mansos, hombres o toros, los precursores de una evolución progresiva, anticipo de una civilización más perfecta, en que armas y cuernos habrán perdido toda su fiereza temible y sólo seguirán ostentándose como puros motivos ornamentales?

Si bien nunca se supo de grandes riquezas ni alta posición logradas en el tráfico de perros, como se lograron con el de hombres en tiempos no tan remotos como olvidados — vivos están muchos nacidos en esclavitud, ricos también muchos hijos de comerciantes en ébano humano, y unos y otros serán los que menos recuerden...; limitada la investigación al particular escenario de este coloquio —, averiguóse que el establecimiento producía ganancia suficiente a sus explotadores, que serían hasta siete personas entre hombres, mujeres y chicos, constituídos en sociedad comanditaria; sería aventurado decir en familia.

Competidores menos afortunados en el mismo comercio dejábanse decir en sus murmuraciones que todo salía de lo que entraba en la aparente aperreada industria, que era allí sólo tapadera, combinación y pretexto de otras muchas, menos confesables y más lucrativas. Pero no ha de afirmarse en descrédito de nadie lo que no pudieron probar jueces y escribanos, que más de cuatro veces lo intentaron, fundadas sin duda sus indagaciones en denuncias y soplos calumniosos. Quede esta buena gente en la obscuridad por ahora, que de salir a luz algún día, no ha de ser al sosla-

yo, pues sus andanzas no episódicas páginas merecen, sino un libro entero, voluminoso como un proceso; que al fin los libros no son más de procesos que forma la historia, desapasionados procesos, y en ellos ha de resplandecer la verdad sobre todo, y ella sola ha de ser justicia, sin otro fin de absolución o castigo que la verdad misma.

Más infundadas parecen las murmuraciones al considerar la incesante solicitud con que había de ser atendido un negocio en que toda actividad era poca.

La adquisición de buenos ejemplares por los medios menos onerosos posibles; la cría y destete de cachorros, recogidos muchas veces casi moribundos, arrojados al nacer entre montones de basura; obtenidos otros por especial favor o propina de algún criado de buena casa; preciosos perrillos de lujo, nacidos sobre almohadones aprestados por mimosas manos aristocráticas, pero nacidos en tan plebeya abundancia, que sólo se permitía vivir a uno, al más lindo de todos, enmendando la plana a la Naturaleza, como se acostumbra entre personas de calidad; sólo que, tratándose de su propia persona, la plana se enmienda con tiempo, antes de escribirse; que arrojar criaturas a la calle, como perros, a más de estar penado, no estaria bien visto.

Adonizar al más feo y greñudo bicho con procedimientos dignos de cualquier instituto de belleza; transformar con diabólicas artes hembras, menos solicitadas, en machos, siempre preferidos, si no en definitiva, lo preciso al tente mientras cobro; llevar cuenta de nacimientos, defunciones y pérdidas en las mejores casas; presumir dónde se cobrará un buen hallazgo y dónde sería perder el tiempo andarse con restituciones; saber qué perro ha de presentarse al pasar un niño, y cuál ante una señorita, y cuál ha de exponerse a puerta de iglesia, frecuentada por señoras viejas, solteronas y ricas...; y con todo esto, entender de veterinario, de casamentero, de comadrón, de nodriza, de esquilador, de lacero, de cazador, de gitano, de hablar a cada uno en su lenguaje y de engañar a todos...; y dígase si este solo negocio no era bastante a emplear por entero y con la honra del mundo, las siete vidas de los siete comanditarios, de los cuales ni una palabra más ha de decirse, en agravio o defensa.

CAPILLA ALFONSINA

De ordinario eran muchas las existencias en depósito, con diferencias muy marcadas en alimentación y trato, ¡que esta condición de la desigualdad a todo alcanza!; y mientras había perro muy regalado de golosinas, bien espulgado y brillante el pelo a fuerza de petróleo, rizadas las lanas, trasquilado el hocico, durmiendo entre pajas y retales de manta, en cesto de mimbres, como bebé de casa rica en su moisés dorado, mullido de algodones y seda rosa, entre blancuras de muselina y encajes, a otros sólo llegaba algún mendrugo sobrante, el más seco y negro, y echada al cuello áspera soga, amarrados a la valla del solar día y noche, sin más yacija que la tierra dura; de día dormitaban al sol; de noche aullaban a la luna.

En medio de aquel gran despoblado, quien por él se aventurase en la obscuridad de la noche, deteníase sobrecogido al furioso ladrar, que no indicaba menos de una jauría desatada, pronta a destrozar pieza.

Diríase la proximidad de un aduar africano. Por más semejanza, algún perro ululaba como chacal hambriento, y al ulular respondía el ladrido bronco de los perros de guarda; y otros graves, rotundos, acompasados, de los perrazos seguros de su fuerza; y otros agudos, chillones, repicados, de los perrillos asustadizos; y de cuando en cuando, sobre todos ellos, desgarrador, prolongado como un lamento humano, uno de esos aullidos que a la superstición popular son presagio de muerte segura —la muerte que ronda cercana —, y en el silencio de las noches campesinas ponen espanto en los hogares donde se vela algún enfermo, que al oírlo se estremece y delira. Y las buenas mujeres dicen para que no se empeore: «¡Es el viento, es el viento; Dios nos asista!»; y se santiguan, y rezan temblorosas, y entre susurros de oración, aun refunfuñan: «¡No callarás! ¡Maldito perro!»

Pues a tal lugar, y de noche, y arrostrando ladridos tales, llegóse sin temor, como quien conoce el terreno que pisa, el empecatado licnobio; y qué motivos le llevaron a pedir allí albergue por aquella noche, y a lo que se supo después, por muchos días; y qué obligaciones tendrían con él los de dentro, que apenas le oyeron gritar su nombre, se apresuraron a franquearle la entrada, acallando antes con voces, y cuando no podían por menos a palos, el ladrador tumulto; quédese tam-

CAPILLA ALFONSINA